

sa tanto, que nosotros no hablamos más que de ella desde que estamos reunidos.

—¿De quién es la falta? (dijo el Príncipe.) ¿Soy yo quien ha hablado el primero?

Conocía que debía revestirse de toda su frialdad diplomática para probar á la señora de Montepreux que Noris le era completamente indiferente. Esto pasaba en el saloncito japonés del hotel Montepreux. Jacoba se aproximó dulcemente á René, le tomó las manos, le miró larga y profundamente al fondo de sus ojos indiferentes, é inclinándose hacia él, apoyando sobre el hombro su hermosa cabeza rubia, cuyos perfumes se subían al cerebro de Chantenay, le dijo :

—¿Es verdad que me amas siempre, René?

—Siempre.

Todavía decía verdad, pues encontraba encanto en aquella criatura admirable y altiva que se rebajaba ante él, dominada por la mirada de *Flor-de-Chic*.

—¡Pues bien! (dijo ella, hablando tan bajo como si se confesase.) Lo que tú me has prometido en otro tiempo, te lo pido yo hoy.

—¿Qué es lo que he prometido?—preguntó René.

—Me has jurado que no nos separaríamos jamás. Antes me importaba poco ser tu querida ó tu mujer.... Hoy quiero ser tu mujer.

Dijo esto coquetamente, acariciando con sus hermosos cabellos rubios la mejilla de René.

—Se sabe que soy tuya. ¡Quiero poder decir que tú eres mío, mi Príncipe!

Jacoba había pasado sus brazos alrededor del cuello de René, atrayendo hacia sí aquella cabeza que permanecía impassible, sonriendo forzosamente,

y fijaba sus ojos llenos de amor en el Príncipe, que la miraba y la estudiaba impassiblemente, con sus pupilas sin expresión.

Y en tanto que ella ponía en aquella mirada con que le cubría, todo su amor y todos sus ardores, él preguntaba lentamente, como en un interrogatorio:

—¿Estáis, pues, celosa de Noris?

Ella le rechazó bruscamente.

—¡Oh! ¡Otra vez Noris!.... ¡Esto es demasiado, querido mío! ¡Pues bien, sí, estoy celosa! ¡Es natural, puesto que cuando os hablo de mí ó de nosotros, aún me arrojáis el nombre de esa joven!

Se había erguido; su figura aparecía de repente enérgica, como herida por una humillación colérica. René conoció que la había ofendido, y le tomó la mano, diciéndola dulcemente:

—Os suplico que os calméis, Jacoba. Yo os amo, os amo seriamente. Lo que he jurado, jurado está. Seréis princesa de Chantenay cuando queráis unir decididamente vuestra existencia á la mía; y os lo repito, os amo....

—Sí (dijo Jacoba, cuyo rostro radiante parecía que se había iluminado con las palabras de René). Me amáis seriamente...., acabáis de decirlo...., seriamente.... ¿Sabes René?; yo mejor quisiera locamente, y vivir al azar los dos, como niños perdidos ó bohemios; ¡sí, locamente, y no ser nunca tu mujer!

René trataba de sonreír. Sus labios finos se crispaban bajo sus bigotes rubios.

—Por mi fe, Condesa (dijo), si os gustan los bohemios, seremos unos bohemios casados: ¡he aquí todo!

Jacoba era dichosa, ebria de gozo por haber

llevado sin cálculo alguno la conversación en aquel sentido. Le satisfacía que René la hubiese respondido así, para que las ideas celosas se las llevase el aire. Ya no pensaba más; él la amaba, ella le adoraba: lo demás no era nada. Encontraba deliciosa á aquella Noris, puesto que era la causa de que el señor de Chantenay hubiese renovado una promesa que lo decía todo, y que verdaderamente daba á Jacoba la certeza de ser amada.

Cuando Chantenay se despedía de la señora de Montepreux, el aya traía á la *señora Condesa* el *señor Conde*, el pequeño Carlos, adornado, según costumbre, con un cuello mayor que él, y que, tímido, venía antes de su paseo cotidiano á abrazar á su madre. El niño estaba hermoso como un *baby inglés*, cubierto por un gran sombrero de peluche, que se quitó para saludar al Príncipe con la corrección de un maestro de baile, y sus largos cabellos de oro, esparcidos sobre los hombros; cubrían su espalda hasta la cintura. Bien plántado, pero sin atreverse á decir nada ante Chantenay, al que miraba con sus hermosos ojos claros, tendía maquinalmente sus frescas mejillas á su madre, y el aya, empujándole un poco, le decía en inglés: *¡Kiss mamma, Charley!*

Jacoba se había bajado para abrazarle rápidamente, añadiendo á aquel abrazo oficialmente maternal un apretón de manos.

—¡Vigíladle bien, miss Bodway!

—No se preocupe por nada la señora Condesa....

¡El señor Conde siempre es muy formal!

—¿Qué caballo ha ensillado John?

—*Yeddo.*

—¿No hay peligro?

—Ninguno, señora Condesa.

—Vamos, Carlos, di: «Adiós, mamá....»

—*¡Good bye mamma!*

—¿Y al Príncipe, Carlos? ¿os olvidáis del señor príncipe de Chantenay?

—*Good bye*,—dijo el niño: y apoyando su gran sombrero sobre su pecho, inclinando su cabeza con un movimiento breve, tan bonito como el mismo príncipe Beaumartel de Chantenay hubiese podido hacerle, saludó.

—La mano, Carlos. ¡Un *shake-hand!*

El pobre pequeño tendió su mano, su inocente manecita, al amante de su madre, que se la estrechó naturalmente; y después, girando sobre sus talones, el niño huyó del salón, corriendo, deseando escapar de aquella estufa, absorber el aire con sus tiernos pulmones, respirar, vivir.

También Chantenay experimentaba como necesidad de movimiento y paseo al aire libre. Jacoba acababa de disgustarle, hablándole de Noris y de Raimundo.

¿Qué sensación de curiosidad le había causado aquella relación del joven Marsan? ¿Qué se le importaba la intimidad de Ferdys y de la señorita Feraud? Le era preciso confesar que esto le desagradaba mucho. En dejando á la señora de Montepreux, se sentía disgustado, hallaba detestable el habano que fumaba, tenía deseos de volverse á su casa; el viento de Mayo, que silbaba seco como un cierzo, despertaba en él neuralgias. Volvió disgustado á su casa, y antes de vestirse para comer en el club, quiso ir á saludar á su madre, que estaba un poco delicada.

Los dos hoteles estaban contiguos. Al pie de la

escalera de la primera, encontró á Raimundo. Esto no era una casualidad; Ferdys venía con frecuencia á visitar á su tía, cuyo fastidioso humor se distraía un poco, á pesar de la somnolencia causada por la morfina, cuando veía á su querido sobrino.

René tenía todavía en el oído las confidencias de Jacoba sobre lo que decía el duque de Marsan, y no pudo dejar de pensar en ello desde que vió á Raimundo, y antes de subir la escalera que conducía á las habitaciones de su madre, cogió á Ferdys por un brazo, le condujo á un saloncito del piso bajo que daba sobre el Parque, y le dijo, tratando de reír:

—¿No te figurarás que vengo de hablar largamente de ti con la mujer más bonita de París?

—¡Ah! (dijo Raimundo.) ¿Las mujeres bonitas se ocupan de mí? Esto es muy lisonjero y maravilloso. ¡Me ocupo yo tan poco de ellas!

—¿Lo crees así? (preguntó René.) Hay una por lo menos que te ocupa algo de tiempo y te sorbe el seso.

Ferdys, que no daba de ordinario gran importancia á la charlatanería de su primo, adivinó en seguida en estas palabras una alusión grave acaso, y queriéndolo saber, preguntó en seguida:

—¿Qué es lo que quieres decir, mi querido René?

—Nada. Digo lo que se repite en todas partes. Haces que se hable de ti.

—¿Quién?

—Mis amigos de club..., todo el mundo....

—¿Y qué dicen tus amigos de club?

—¿Quieres saberlo?

—No era menester picar mi curiosidad; pero

puesto que se mezclan en mi vida, yo que, á Dios gracias, no me preocupo por nada del mundo de la existencia de los otros; sí, quiero saber lo que se dice. Veamos si están bien informados tus charlatanes.

—En París (dijo René) está todo el mundo bien enterado. Se sabe, por ejemplo, oportunamente, que tú vas bastante á menudo, muy á menudo..., á la calle Jouffroy!

Raimundo comprendió perfectamente la intención irónica de su primo, y respondió con un tono muy claro:

—Voy con frecuencia, en efecto, é iría más frecuentemente aún, si no temiese perjudicar con mi presencia á la señorita Feraud.

—¡Y si no temieses encontrar en su casa al gran duque Vassili!

El Príncipe había dejado caer esta frase con un arte perfecto, lanzando el tiro con precisión, como hubiese hecho con las armas un quite rápido. Miró con el raballo del ojo, y notó que Raimundo había cambiado de color.

Aquel nombre de Gran Duque llegaba como una sangrienta injuria, y el oficial, con una vivacidad nerviosa, respondió á René que, después de todo, nadie podía afirmar con pruebas que Noris fuese, como se decía, la querida del Gran Duque.

—¿Lo piensas así?—preguntó René.

—Digo que nunca he temido encontrar á nadie en casa de la señorita Feraud, y que el salón de la calle Jouffroy es tan correcto como el de una dama del gran mundo.

—¡Bien! Gracias por las mujeres del gran mundo, querido amigo. Pero decididamente eres un

poco sencillo. ¿Tanto se olvida á París en Taití? Yo no afirmo que Noris haga ocultar á sus visitas en las molduras de sus balcones, ó en los gabinetes negros, como Tata ó la señorita Molécula; pero te ruego que creas que hay un moscovita en el destino de.... tu amiga..., nuestra amiga, si quieres; y si no has encontrado en la calle Jouffroy las patillas rubias del gran duque Vassili, ya las encontrarás, puedo asegurártelo.... No está en París el Gran Duque; pero, ¡ya vendrá!

—Lo que es cierto (dijo Raimundo firmemente), es que el Gran Duque debe tener para la mujer de quien hablas sentimientos de estimación y de respeto, porque no he conocido corazón más recto y mejor que el de la señorita Feraud.

Chantenay se echó á reír.

—Ya me dijiste eso, mi buen Ferdys, hace próximamente cinco años, cuando querías probarme que mi deber era pedir la mano de Noris al buen hombre Feraud.

—Y lo que decía hace cinco años, lo repito hoy. ¡Ya ves si soy terco!...

—¿Entonces mi deber es, si he de hablar como tú?...

—¡Tu deber era en aquel momento respetar á aquella niña cuando era inocente, lo mismo que hoy tu deber es deplorar mortalmente haber hecho de una joven honrada una desgraciada!

—¿Desgraciada Noris? ¡Tiene carruajes, de los cuales se habla; una casa montada, un *five ó clock*, donde tú vas á hacer filosofía sentimental! Es, ó no es, como quieras, la querida del Gran Duque; pero, en cualquiera de los dos casos, lo cierto es que gasta lujo y lleva el título. ¿Desgraciada Noris

con todo esto? ¿Qué es lo que le hace falta entonces?

—Nada, y todo: el sentimiento de su propia dignidad.

—No comprendo bien,—dijo René.

—No me admira. Es preciso que te convenzas de que hay en el mundo una infinidad de cosas que no entiendes más que á medias. Noris es una de esas mujeres que pueden pedir venganza ó desquite en su vida, llevadas por la cólera, pero que echan de menos eternamente su primer paraíso perdido; el paraíso de ella era un jardinito, grande como la palma de la mano, y sembrado de flores; y que si no hubiera sido por tí, conservaría ó encontraría aquel rincón de tierra donde podría vivir á su gusto con algún guapo mozo que la hubiese comprendido y amado.

—¿Serías tú acaso ese guapo mozo?

Raimundo miró á su primo á la cara, y contestó, levantando la voz, como desafiándole:

—Tú lo has dicho: yo.

—¡Acabaras de decir que estás enamorado como un bobo, y habríamos concluído!—dijo René, haciendo ademán de retirarse.

Raimundo sentía una cólera sorda.

—¡Si hay alguno que no tiene el derecho de estar celoso de los que amen ó puedan amar á la señorita Feraud, es el que, pudiéndola hacer su mujer, la hizo su querida, y de aquella querida hizo una abandonada!

Esto había sido dicho bruscamente, arrojado en pleno rostro por Raimundo, que se paseaba de extremo á extremo, con las manos en los bolsillos, con el balance de los marinos, pero siempre elegante y correcto.

René había acogido indiferentemente aquella especie de brutalidad repentina de Raimundo.

¡Celoso! He aquí que Ferdys le acusaba de estar celoso. ¡Celoso de Noris, él, Chantenay! ¡Era gracioso!

Decididamente estaba Raimundo mucho más enamorado de lo que quería aparecer; amaba á Noris, y la amaba mucho. ¡Bah! ¡tanto peor para el Gran Duque!

Y se burlaba de aquellos celos que le reprochaba Raimundo, y, sin embargo, experimentaba cierta sensación de despecho al oír á su primo hablar con aquel calor rabioso de una mujer á la que él creía haber olvidado completamente, y á la cual no hacía caso desde largo tiempo.

Aquella corta escena con Ferdys dejaba al Príncipe, después de haber partido Raimundo, un recuerdo molesto. Después de los años, le parecía extraordinario á René que, de repente, se hablase ante él, casi apasionadamente, de una mujer de la cual había sido el querido, de una criatura á la cual había amoldado á su gusto; tenía la impresión como de una especie de robo hecho á sus recuerdos. Noris, que le había pertenecido en el pasado, le parecía que debía ser eternamente señalada como su conquista.

Y hasta le agradecía el no haber hecho hablar de ella, el que se hubiese envuelto en el silencio como en tocas de viuda, el haber buscado la penumbra en aquella brillante vida de París, y se había dicho que ella no tenía prescripción para pasar de un príncipe de Chantenay á los brazos de un Gran Duque de Rusia. Esto era correcto. Era una mujer de muy buena estirpe aquella Noris.

—¡Yo lo había adivinado!

Y el hijo del General príncipe de Chantenay, estaba orgulloso de haber *lanzado* á la hija de Ferraud. Este era uno de sus hallazgos, y faltó poco para que dijese muy alto: «La querida del gran duque Vassili, aquella morena tan bonita, ¿sabéis? ¡Pues bien, soy yo quien la ha descubierto!»

Si no lo decía, era porque instintivamente guardaba, no respeto, pero sí cierto temor para aquella exaltada de ojos huraños, violenta y fría á la vez, como una Kabyle que se había brutalmente interpuesto en medio de su vida. Y desde que el otro día se había hallado cara á cara con ella, se le reaparecía tal como se había levantado ante él en otro tiempo, verdaderamente bella y tan seductora en su loca exaltación; algo enojosa, pero arrogante aquel día; jamás habría creído encontrar en la linda muchacha una criatura tan subida de tono. Pero ¡bah!; esto había pasado, y no pensaba más en ello; y se decía que, después de todo, si él hubiese querido, Noris...

¿Y por qué ahora la idea de que otro amaba á aquella Noris, y que ese otro era Raimundo; por qué esta idea, que debía serle completamente indiferente, le desagradaba?

René siempre había sospechado que su primo sentía por Noris una pasión; pero ¿cómo existía este sentimiento después de los años? Aquel diablo de Raimundo, con su aire indiferente, ¿era entonces un apasionado terriblemente fiel? ¡Ferdys, el mismo siempre!... Sin jugar más con el amor que con la disciplina. Sin volverse atrás desde que se había entregado. ¡Un hombre antiguo!

Y René trataba de reirse; y cuanto más reía,

más picado y excitado se sentía por el recuerdo de aquella Noris, cuya voz vibrante había oído en los pasillos del Circo, y á la que había vuelto á hallar más admirable que nunca, despertando en él deseos y curiosidades. Ella recibía como amigo á aquel puritano de Ferdys, mientras que á él, Chantenay, le abofeteaba con sus ironías. ¡Tenía gracia

—Mi querida, en suma, mi querida.

Y se repetía la palabra á sí mismo, casi en voz alta, ante el retrato de su padre el príncipe Gerardo, que parecía mirarle desdeñosa y maliciosamente desde el fondo del cuadro.

Para olvidar á Raimundo, fué á saludar á su madre, que salía muy poco, bastante envejecida, acibillada á picaduras de morfina, y casi siempre tendida sobre su silla larga, con los ojos hundidos y entornados, la respiración lenta, saliendo de sus azulados labios el aire entorpecido, pesado, los párpados entornados, en una especie de postración, de la que salía de tiempo en tiempo mediante una inyección, que la reanimaba como un vaso de Kwass.

Después de los años que venía medicándose, la Princesa había caído en una especie de beatitud egoísta, en una especie de *kief*, que es la borrachera de los morfinómanos.

Le agradaba pasar el tiempo aislada en su hotel; la cabeza agitada por pequeños movimientos coreicos, recibiendo pocas personas, charlando, empero, agradablemente algunas veces, satisfecha al evitar sus jaquecas habituales con aquella embriaguez de la morfina, que la llevaba dulcemente á la caquexia, y sin experimentar tristezas hasta la proximidad de la noche.

La Princesa, medio acostada, fumaba cigarri-

llos turcos, y al ver á René adelantó lentamente hacia él el platillo esmaltado y lleno de papelitos. Después se tendió, diciendo:

—Me olvido siempre de que no fumáis; buenos días, René.

René besó la mano flaca que su madre le tendía, y se informó de la salud de la Princesa.

—Gracias.... Hoy estoy mejor....; un poco débil, según costumbre.... El Doctor me prescribe la quinina, el agua de cerveza, el licor de Fowler....; no....., la morfina es lo que yo quiero...., lo único que yo quiero.

Y añadió, mientras que un relámpago iluminaba sus ojos hundidos:

—Vos también, René, tenéis vuestra morfina, que es la vida de París; ¿os curaréis de ella?

—¿Por qué?—dijo el Príncipe, tratando de sonreír.

—Yo no conozco á esa señora de Montepreux de que tanto y tanto se habla; pero preferiría para vos á cualquier muchachuela de teatro.... No puedo soportar á las grandes señoras que tienen caprichos de mujeres perdidas.

Después, levantándose con lentitud de su sillón, dijo á René:

—Y á propósito, querido; una noticia....: he recibido la visita de la señora de Ahrenfeld y de su hija.... Ahrenfeld, el banquero de Colonia, hombre riquísimo....: la niña no es linda....; buenos ojos, como todas las judías; pero con la piel amarilla como una china, lo que nó le impide querer convertirse en Princesa.... La madre me lo ha dejado comprender, y allá en su casa os juzgan encantador.... Cuando se tienen tantos millones, todo se cree permitido: ¡una judía!

—Se haría católica,—dijo René fríamente.

La madre le miró con cierto asombro.

—Espero que no pensaréis en eso.

—Os juro, madre mía, que jamás he pensado en casarme menos que hoy.

—¿Y por qué hoy?

—Ideas mías.

—Si quisiérais un matrimonio de conveniencia, ninguno de tanta como el de esa niña Ahrenfeld....; pero preferiría veros realizar un matrimonio por amor, y uniros á la viuda de Montepreux.... Esto sería más necio, pero sería acaso más digno, y ya sabéis la frase que repetía vuestro padre á Ferdys y al anciano Robín: «Acabar decentemente....»

—No la he olvidado,—dijo René.

Y levantándose de junto á su madre, llevó á los labios la mano flaca de la Princesa, con actitud elegante, y como si se tratase de un besamanos oficial, y después salió, dejando á la señora de Chantenay entregada á sus inyecciones de morfina, y pensando coléricamente en Noris, cuyo desprecio le desafiaba, y cuyo recuerdo le embriagaba también.

—Bueno (decía para sí): puesto que me ha desafiado, nos veremos, y puesto que no reconoce más que á un príncipe de Chantenay que ha muerto, ¡yo le haré ver que vive otro! ¡En cuanto á Raimundo, si es que la ama, tanto peor para él!

V.

Sí, Raimundo amaba á Noris: habían informado bien al príncipe de Beaumartel.

El joven oficial sabía el camino del hotel de la calle Jouffroy, é iba allí como á pesar suyo en un principio, comprendiendo que penetraba en un mundo desconocido, pero no dudando de sí mismo, seguro de disimular el amor, si amor era lo que experimentaba hacia ella, y queriendo solamente averiguar lo que la cólera le había hecho pensar durante cinco años. La curiosidad ha impulsado al amor más seres que el amor mismo. Raimundo quería saber por qué gradación de sentimientos había pasado aquella hermosa criatura, á la que había dejado engañada y llorosa, y á la que encontraba desafiando con altanería al hombre que la había engañado. Era imposible, decía, que Noris fuese una mujer ordinaria, viviendo con alegría entre el lujo que se había creado. Adivinaba la herida oculta, la amargura secreta, la tristeza de aquella existencia, que era, como él decía á René,